

APRETAR

QUE NOS APRIETAN

Y YA LA LUMBRE NOS LLEGA

SEGUNDA PARTE

El temor que vd. tiene, prosiguió diciendo el alcalde, de que por medio del fanatismo fascinen á muchos incautos, és infundado en la época presente que ya los pueblos conocen cuales son sus derechos, y que el recurso unico de los tiranos, és apelar á la necia credulidad de la ignorancia, y mezclar los asuntos de la política humana con los intereses divinos, para de este modo, encender una guerra religiosa y lograr las miras detestables de su ambicion; pero venturosamente ya los americanos del Anáhuac, pasaron esa edad tenebrosa, en que un sacrilego ministro de la tiranía, los precipitaba á despedazarse con una imagen del Dios de la paz, levantada en su brazo criminal: al tiempo que con el otro se preparaba á disparar el golpe de muerte, sobre su semejante.

Pero, Señor, le decia yo, esta liga segun entiendo, és un complot de reyes poderosos y católicos, comprometidos á destruir todo sistema liberal, como opuesto diametralmente á sus pretendidos derechos de dominacion, sin el cual, los pueblos embrutecidos conformes con los titulos del vasallaje, arrastrarían las cadenas sempiternas de la esclavitud y el opro-

b'lo, y así por esto, como porque los que tienen la des-
gracia de llamarlos señores, á ejemplo de los hombres
libres, sacudirán su injusto dominio; deben tomar el
mayor empeño en alejar de sus oídos el desengaño, y
extinguir todo gobierno en que la nación ejerza su
propia Soberanía, que por tantos tiempos se apropiaron
los usurpadores y tiranos; de consiguiente, el do-
minio absoluto de estos y la inmediación de sus Es-
tados, presentan muchas mas ventajas á la corte Ro-
mana (en que poseen un poderoso influjo, y han es-
tendido sus relaciones diplomáticas) que las repú-
blicas distantes, cuyo sistema no debe serle tan ven-
tajoso á la silla apostólica: esto me hace temer, que
puestos con el Papa de acuerdo, para esta expedi-
ción, como lo hacian los cruzados y templarios, pa-
ra las del Africa (en que ganaba la carrera del cic-
lo, el que mataba mas moros) cargue de concesiones
y privilegios al mas matón de republicanos, al paso
que á estos, los llene de anatemas en nombre de S.
Pedro, y S. Pablo, y con la autoridad del Dios de
las misericordias, como lo hizo Alejandro VI. con los
que quisieran ser independientes de España, Y ya
vd. ve el grande ascendiente que tiene sobre los fie-
les, la cabeza visible de la Iglesia.

Ese mismo argumento debe á vd. servirle de prue-
ba dijo el alcalde, para creer que ni en ese caso, que lo
juzgo imposible, aventajarian nada en nuestra ruina,
suponiendo que no és comparable el grado de ilustra-
ción de las épocas en que comenzamos á sacudir el yugo
de los hijos de D. Pelayo con el presente, en que han
tomado incremento las luces; y sin embargo enton-
ces nos reimos de la censura del señor Alejandro, por
ser injusta y contra los derechos naturales de las na-
ciones, y es la razon, porque nuestra obediencia al
Pontifice, es puramente en lo espiritual, mas no en
lo temporal, donde cada país, está autorizado para
defender los fueros sacrosantos de su libertad, contra

3

el mismo Papa, si este en clase de tirano, quiere esclavizarlo mezclando los dogmas religiosos, con las conveniencias particulares de los gabinetes; conquese así puede vd. estar cierto, que no vendrán tan seguros propagando su santa fé á machetazos, como los ladrones de marras, sin que lleven otros tantos con todo y sus indulgencias.

¿Y qué me dice vd., le replicaba, de la falta de tropas y marina que tenemos, de la division de partidos en que nos hallamos, y de los enemigos domésticos que nos pueden resultar? Lo mismo, repuso el alcalde. Figurese vd. que contamos con tantos soldados, cuantos habitantes útiles hay en los estados, (porque no habrá ninguno tan vñ que llegado el dia, no abandone lo mas precioso por defender la pátria) pero con tanta mas ventaja, que equivale cada uno por diez de aquellos, y vá la razon: lo primero, los soldados americanos no necesitan racion de aguardiente, pronto socorro, ni buena ropa, saben mantenerse con maíz tostado y yervas de los montes, atravesar desnudos sierras inaccesibles y rños pantanosos, sufrir sin quejarse las intemperies del cielo, transitar los desiertos, batirse con tropas aguerridas, y finalmente, son sufridos en las adversidades, constantes en sus resoluciones, generosos en el triunfo, y en tocandoles á matar opresores, valientes á toda prueba; ya lo saben los españoles bien á su costa. La falta de marina, aunque se debe sentir, no es tan del caso, porque no nos hemos propuesto salirlos á encontrar: ellos serán muy bien recibidos en nuestras costas por las plagas de animales que las infestan, la falta de víveres, las enfermedades, lo fragoso de los caminos, y los balazos que los convencerán de que la empresa no esta blandita como cuando les tiraban con tamales nuestros benditos antecesores.

Tampoco nos debe desconsolar, continuó el alcalde, la divergencia de opiniones políticas, si se

4

atiende á esta razon: contamos v. g. tres partidos: iturbidistas, liberales, y borbonistas, aunque los primeros sean muchos, no son comparables con los segundos, ni tan peligrosos como los terceros, lo uno porque sus ideas y objetos, pueden convenirse facilmente en caso de una invacion extranjera, y aunarse á defender la pátria de los enemigos que ambos aborrecen: lo otro, porque habiendo cesado la causa de sus divisiones, que era la gratitud ácia Iturbide, deben cesar los efectos de sus desavenencias y rendirse á la reflexion del bien estár comun, volviendose á enlazar con los dulces vínculos de la confraternidad, de la razon, y de la conveniencia, y aunque haya borbonistas poderosos, nada suponen al número incomparable de los otros dos partidos, que los asechan, los conocen, y se las entienden, como el gato que aparenta descuidarse del raton, para sorprehenderlo en la fuga, y ¡hay de aquellos que cuando nos crean mas confiados se quiten la máscara de la hipocresía! ellos sellarán el doloroso desengaño de los traidores con sus cabezas criminales y malvadas.

En estas platicas estabamos, cuando nos entró á interrumpir el secretario del Ayuntamiento, dando furiosos gritos y arrancandose los cabellos como un frenético: todo se lo ha llevado el diablo, decia, undiendo la sala á patadas y maldiciones; ¡como és, continuaba con muestras de desesperacion, que cuando el enemigo ha saltado por diferentes puntos, y ya siembra el terror y el incendio por todas partes, haya patricios tan desnaturalizados y viles, que descancen al son de los lamentos y gémidos de sus compatriotas? y en esto se salió clamando por las calles: apretad que nos aprietan y ya la lumbre nos llega: americanos si és que amais vuestros intereses y libertad, ha llegado ya el momento de acreditarlo, El Alcalde y yo, que de aturdidos no acertaba-

mos á preguntarle nada sobre el motivo de aquella novedad, salimos corriendo á ver lo que pasaba, y encontramos á todo el pueb'o en movimiento. Las mugeres, los niños, y los viejos corrian por las calles, sin saber á donde, poseidos del temor: los labradores y artesanos, abandonaban sus talleres y sembrados, para acudir á las armas: la madre se despedía con tiernos adioses arrancandose de los brazos del hijo que iba á engrosar las filas de los defensores: el padre le bendecía enternecido, invitándole á la guerra, y hasta el enamorado joven abandonando sobre el altar de himeneo, la adorada esposa, corria á alistarse á las banderas de la patria.

Reflexionando el alcalde, que todo aquel trastorno provenia de alguna equivocacion, como que siendo él la primera autoridad á quien se debia comunicar cualquier funesto acaecimiento, nada sabia, tomó las mas activas providencias para restablecer el orden perdido, aquietar los animos exaltados, y averiguar el origen de aquella conmocion, que en efecto vino á sacar en limpio.

Se le informó como el secretario del Ayuntamiento, se presentó repentinamente corriendo por las calles diciendo en altas voces: americanos á las armas, apretad que nos aprietan y ya la lumbré nos llega: que preguntándole algunos vecinos qué contenia aquello, respondia con señales del mayor sobresalto, no és tiempo de detenernos en narraciones: el enemigo nos cerca y la patria pide socorro; y que todavia continuaba sacando á las gentes de sus casas, y alborotando los barrios del pueblo; por lo que se hizo preciso que los nacionales fueran por él loco apretado, y le encerraran en un cuartito, hasta otro dia que mas sereno informara que le habia obligado á perder el juicio, y á alterar la quietud de los vecinos pacíficos.

Toda aquella noche fué el secretario el objeto de las conversaciones públicas y privadas, como

que con sus aprietos, los había puesto en tanta apretura, y no se acababan de admirar como un hombre de tanto juicio y talento, se había trastornado en tan breve instante. A la mañana siguiente, ya estaba la casa del alcalde llena de concurrentes, esperando saber por boca del secretario, lo que le había obligado á proceder de tal manera el día anterior: en seguida se condujo á aquel sitio, donde colocado en medio de todos, con muestras de un vergonzoso arrepentimiento, contó este suceso á todos los circunstantes.

Sueño raro de la guerra, entre los santos españoles, y los diablos mexicanos.

Dormí, soñé, y escuchen lo que vi, dijo el secretario; si lo que voy á contar no agradare á algunos allá se las haya, los sueños no son verdad, ni yo tengo la culpa de que mi imaginacion exaltada y confundida no me presentara objetos reales y coordinados, porque los sueños no guardan órden, y tampoco están sujetos á reglas constantes ni racionales.

En medio de un campo magnífico, que nada embarazaba la vista para penetrar toda su estension, se presenta un templo de maravillosa arquitectura, sus bóvedas y elevadas torres descansaban unicamente en tres hermosas columnas de mármol esquisito, y de un trabajo admirable, en su centro se elevaba un panteon suntuoso, sobre el cual adoraban una multitud de gentes á la Diosa de la libertad, y en su frontispicio se leían estas palabras: *á la concordia y las luces.* Una multitud de ciudades y pueblos, cercaban esta fabrica admirable, desde cuya altura se avistaba la superficie de los mares que cubrian sus extremos, formando un círculo orizontal, y por el lado que mira

hacia el oriente, se descubria una gótica fortaleza coronada de leones y figurando una garita bajo cuyos baluartes pasaban los principales caminos de la Europa. Este será el castillo de Ulús, dije entre mí, colocado en el mar principal del continente esa llanura poblada; el septentrion y el templo, la obra sacrosanta de nuestra independencia: así discurría caminando por unas calles de árboles á manera de alameda; pero tan tristes y silenciosas que mas parecían la macion del respeto y las meditaciones, que un paseo destinado al desahogo de la juventud alegre: á pocos pasos, vi una hermosa muger entregada al mas profundo sueño sobre las yervesitas floridas del campo: el traje á la indiana, daba mas realce á su belleza: en su mano derecha tenia una antorcha de moribunda luz, y en la otra un carcax: á sus pies se manifestaban unas cadenas rotas y sobre su cabeza flameaban movidas del aire las plumas tricolores del morrion.

De cuando en cuando llegaban unos juvenes á recordarla diciendo á gritos, *prepara la aljaba, se acerca el enemigo, defiende tus derechos*; pero un magistrado severo que le hacia la guarda, puesto el dedo sobre el labio levantaba una espada amagandolos con el castigo si continuaban haciendo ruido á la deidad, en tanto que por su espalda se acercaban sus antiguos opresores en ademan de sorprenderla descuidada. ¿Quién no diria al contemplar esta escena que la bella dormida era la patria, el magistrado el descuido, los juvenes los hijos de la imprenta, y sus cazadores los esclavos antiguos del moro? Así me lo pensé, pero he aquí que de improvise se presenta un viejo venerable y tomándose la mano comienza á caminar conmigo sin hablar palabra; yo le sigo admirando su silencio, la gravedad de su semblante y la ligereza de sus pasos; mas advirtiéndole una huadaña en las manos y alas en los pies, conjeturo que es el tiempo, descubridor de los mas ocultos misterios.

Repentinamente nos venimos á hallar en una vasta llanura ocupada de dos ejércitos enemigos, que esperaban con ansia la señal de despedazarse uno á otro: sobre el pabellon de la América se dejaba ver una águila magestuosa y sobre el español un leon enfurecido: entre el estruendo de sus músicas se oían estas proclamaciones: viva la religion y la libertad del hombre; y por otra parte: viva la fé y el Rey de España: los generales del primero corrian sus filas animandolas á combatir la tiranía española en defensa de los santos derechos de la pátria, y los del segundo ofrecian fortunas y pillajes, repartian á sus soldados indulgencias, camándulas y talismanes, prometiéndoles la opresion de América y el reino de los cielos.

En esta alternativa abanzaron los gefes de ambos ejércitos, é impuesto un general silencio: dijo el español. Es la mayor barbaridad querer en estos tiempos decidir con las armas lo que puede la razon, sin atropellar los fueros de la justicia y la humanidad entre dos naciones que se estrecharon por tantos años, con los vínculos sagrados de la sangre, del idioma, de las costumbres y de la religion; yo respetando estos principios y el derecho de gentes os propongo que remitamos nuestra justicia á dos oradores que hablen delante del pueblo, y las tropas: para que así obre el convencimiento y no el capricho, y si á pesar de esto no os convenciereis, entonces, lo que no pudo la persuacion hará la fuerza y las armas; todos convinieron en la propuesta y luego se levantaron en medio de los campos, dos altas tribunas, sobre las cuales se colocaron la *hipocresía* y la *verdad*, y la primera dirigió á las tropas y pueblo americano el discurso que se publicará en la tercera parte.

El Payo del Rosario.

México: 1824. Oficina liberal de Cabrera,